

La campaña electoral como articulación hegemónica Competencia por la Jefatura de Gobierno de Buenos Aires y el corrupto como significante vacío.

Sebastián G. Mauro.

Cita:

Sebastián G. Mauro (2004). *La campaña electoral como articulación hegemónica Competencia por la Jefatura de Gobierno de Buenos Aires y el corrupto como significante vacío*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/354>

La campaña electoral como articulación hegemónica

Competencia por la Jefatura de Gobierno de Buenos Aires y el *corrupto* como significante vacío

Sebastián G. Mauro*

Resumen. Nos proponemos aprehender el fenómeno de las campañas electorales, a través de un estudio de caso, desde una perspectiva teórica particular: interpretándola como articulación hegemónica. Para ello nos remitiremos al estudio de la campaña por la Jefatura de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires y de la figura de *corrupto* como dispositivo de identificación negativa.

Introducción

El presente trabajo se propone aprehender el fenómeno de las campañas electorales, a través de un estudio de caso, interpretándola como articulación hegemónica. La campaña electoral es entendida como la competencia entre los distintos candidatos por imponer una determinada visión del contexto sociopolítico que enmarca a la elección, con el objetivo de activar el clivaje más conveniente para posicionarse de la mejor manera en los comicios. Esta lucha se desarrolla en el escenario discursivo alrededor de ciertas nociones clave para la inteligibilidad de lo social: los *significantes vacíos*.

* Alumno de la carrera de Ciencia Política (UBA). Becario estímulo integrante del equipo “Las Nuevas Formas Políticas” (IIGG – UBA). Dir.: Isidoro Cheresky. E- mail: sebasmauro@hotmail.com.

Como hipótesis se afirma que en la campaña por la Jefatura de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, la competencia discursiva entre los distintos candidatos se articuló en gran medida en torno a la figura del *corrupto* como significante vacío. Este significante tiene una importancia capital en la dinámica política argentina, ya que gran parte del discurso político de los noventa se ha sustentado en la figura del corrupto como dispositivo de identificación negativa.

Desde esta perspectiva negamos que lo social sea una realidad en sí misma inteligible, que precede a la representación política y ante la cual ésta aparecería como un mero reflejo. Al contrario, lo social se presenta como un espacio opaco definido una falla constitutiva, que debe ser salvada en la representación política, en intentos parciales de suturar ese espacio abierto. Dicha función de sutura parcial que se cumple en la representación posee un carácter formal que no determina ningún contenido sustantivo.

Introduciendo el planteo lefortiano, seguimos el argumento de que en el contexto de una democracia de lo público la campaña electoral adquiere una centralidad *sui generis*, debido a que no hay ningún clivaje preexistente que se manifieste como principio de división política autoevidente. Esta verdadera metamorfosis del sistema representativo, que se caracteriza por una multidimensionalidad de esferas y temáticas, y por la fragmentación y fluctuación de las identidades, pone en primer plano, junto con el carácter “instituyente” de las campañas, la cuestión de la elaboración de una agenda política en el espacio público. Podemos pensar la construcción de la agenda política como campo de antagonismos políticos y objeto de articulación

hegemónica. La agenda política se presenta así como un conjunto de significantes sobredeterminados y polisémicos que deben ser objeto de un intento contingente de fijación, de literalización, para mantener la imagen de unidad de lo social. Los actores políticos presentarían al electorado una interpretación simplificadora de lo social, que, sin embargo, es vital precisamente para poder aprehender (y hacer) lo social, al construir una estructura común de sentido que permite la acción intersubjetiva y evita la dispersión de significados.

En este antagonismo se produce, reproduce y transforma la identidad de los actores. Ésta, al igual que todas las identidades, se construye en forma relacional a partir de un exterior constitutivo que es aprehendido como pura negatividad, como pura amenaza a la subsistencia y realización plena del “nosotros” (Laclau: 1990). En el mismo movimiento por el cual la amenaza se dirige a alguien y cuestiona su realización, y en tanto el amenazado reacciona a ella y la enfrenta, se instaura un antagonismo en los marcos del cual el destinatario de la amenaza “juega” su identidad.

La Argentina y los significantes vacíos

En primer lugar, es necesario señalar que en la dinámica política argentina se han sumado numerosas transformaciones en sintonía con los cambios políticos en el resto de las democracias latinoamericanas y las democracias más antiguas e institucionalizadas. Entre estos cambios se destacan la fluctuación del comportamiento electoral y la fluidez de la construcción de la oferta política,

ambos fenómenos producto del deterioro de las lealtades partidarias basadas en un elemento identitario fuerte y construido sobre clivajes sociales relativamente estables (Novaro: 2000). Estas transformaciones permiten caracterizar al sistema político argentino, siguiendo a Manin, como una *democracia de lo público*.

Los dos gobiernos de Carlos Menem se destacaron por los profundos cambios económicos y sociales. En su primera etapa, la política menemista logró la estabilidad monetaria y cierto crecimiento económico, dentro de un modelo de exclusión social y con una integración dependiente en el sistema internacional que finalmente condujo al estancamiento y la recesión. La amenaza autoritaria a la democracia había desaparecido, pero las prácticas institucionales eran deficientes, marcadas por el decisionismo presidencial alentado por una degradada división de poderes (Cheresky: 2003).

Luego de la reelección de Menem, un amplio nivel de descontento social incentivó el reagrupamiento de sectores de oposición, lo que llevó a la conformación de la Alianza UCR – Frepaso. Dicha coalición mostraba una importante eficacia política en las elecciones legislativas de 1997, pero ya en este momento se hacían evidentes ciertas diferencias internas en las expectativas del electorado. Por una parte, el voto de cierta porción del electorado hacia la Alianza implicaba un rechazo hacia el modelo neoliberal impulsado desde el gobierno, mientras que para otro conjunto de electores, la Alianza significaba la oposición a un estilo de gobierno marcado por la transgresión a las normas institucionales.

Sobre este carácter polisémico del discurso aliancista, podría afirmarse hipotéticamente que la imagen de la coalición se basaba en una articulación hegemónica a partir de la noción de *corrupción* (identificada con el carácter decisionista del menemismo), colocando en una cadena de equivalencias a distintos los elementos dispersos en las expectativas del electorado a partir de la identificación de todos ellos con la *anticorrupción*, y con el *antimenemismo*.

De esta forma cobra importancia aquel discurso dentro del cual el *corrupto* amenaza la realización plena de la democracia (en tanto se amenaza el imperio de la ley) tanto como la realización personal de los ciudadanos honestos, los verdaderos exponentes de la Argentina decente y trabajadora. Los altos índices de desocupación, pobreza y marginalidad, unidos a la recesión iniciada en los últimos años de gobierno de Menem hicieron factible esta interpretación de la realidad, según la cual bastaba con erradicar la corrupción (considerada un atributo moral de ciertos funcionarios) para que los argentinos pudieran realizarse, y la desocupación, la pobreza y la marginalidad, desaparecer.

Se hacía verosímil hasta la propia continuidad de la versión periférica del modelo neoliberal (De la Rúa declaró hasta el hartazgo que en su gobierno “un dólar, un peso”) con el objetivo de equidad social, que llegaría automáticamente una vez que se hicieran más transparentes las decisiones del gobierno (es decir, una vez que Menem abandonara la Casa Rosada). Dicha hipótesis explicaría la derrota electoral de Eduardo Duhalde, quien centró gran parte de su campaña en la crítica al modelo económico y a sus consecuencias

nefastas para la sociedad. Esta estrategia discursiva no tuvo predicamento en los sectores proclives a un cambio de modelo por el hecho de que Duhalde apareció como la continuidad, no ya de la convertibilidad (que sí lo era De la Rúa en un sentido explícito) sino de las prácticas decisionistas y corporativas del menemismo, es decir, como una continuidad de *la corrupción*.

Una vez instalada la Alianza en el poder, la promesa de cambio en el estilo político se vio frustrada. El decisionismo fue retomado, y revelaba más la arbitrariedad y el deseo de evitar una argumentación pública en contextos deliberativos, que la energía ejecutiva eficiente (Cheresky: 2003). En este período se registró un clima general de rechazo hacia los líderes políticos, que se basaba en las reiteradas denuncias de corrupción y la desconfianza ante los procedimientos de cooperación política, lo que derivó en la creencia de que existe una *clase política*. En este sentido, se excluía a los políticos de la identidad representada en los intereses de la gente, y la línea divisoria entre *nosotros* y *los otros* está puesta otra vez en la noción de *corrupción*. Pero ahora no eran sólo los menemistas aquellos identificados con la corrupción, sino toda la “clase política”, incluyendo a la propia Alianza en el gobierno.

La crisis de legitimidad y posterior caída del gobierno aliancista hicieron visibles las contradicciones y grietas del discurso “anticorrupción”, especialmente en lo que hace a la consideración de la corrupción como atributo personal de determinados actores sociales y políticos sin ningún tipo de conexión con condicionamientos estructurales de un determinado modelo socioeconómico. Diciembre del 2001 abrió la posibilidad de discutir estos condicionamientos al

presentarse la contingencia de ciertos axiomas del discurso predominante en los noventa. Dicha ampliación de la agenda temática permitió la articulación de otro significativo vacío. La idea del *Pasado* aparece así como el exterior constitutivo de una nueva etapa que se inaugura posteriormente a la caída de Fernando De la Rúa y a la transición encabezada por Eduardo Duhalde, con el triunfo de Néstor Kirchner en las elecciones presidenciales de 2003.

Este significativo se presenta como un quiebre con las estrategias discursivas de los noventa, y en gran medida lo es, ya que nace de la ampliación de la agenda producto de la protesta masiva que obligó a la Alianza a retirarse. Pero también recupera gran parte del discurso de los noventa, especialmente a partir de la rearticulación de la noción de *corrupción*, rescatando tanto el discurso antimememista como el discurso antirrepresentativo de rechazo a la “clase política”. Este elemento de continuidad es central, y sobre él se establecerá el foco para el análisis de la campaña por la Jefatura de Gobierno.

Nuevo Ibarra: el menemismo, lo privado y lo corrupto

Ibarra ofrece al electorado una caracterización del contexto de la elección a Jefe de Gobierno que puede resumirse de la siguiente manera: el triunfo de Néstor Kirchner sobre Carlos Menem en las elecciones presidenciales es el signo de una nueva etapa en la política argentina. En esta nueva etapa, los usos de la “vieja política” corrupta de los años noventa serán eliminados en todos aquellos ámbitos en los que todavía tienen influencia.

Ahora bien, estos personajes del pasado, que son los que llevaron al país a su peor crisis económica, política y social, se resisten a desaparecer, y están constantemente al acecho tratando de volver a los cargos más altos del gobierno. De esta forma, representan una amenaza en sentido doble. Por un lado, son los culpables de la crisis y de la degradación de la Argentina, y de la miseria, el hambre y las angustias de los argentinos. Por otro lado, son una amenaza presente al pretender regresar al poder y cortar con el proceso de recuperación económica y moral del país. En este sentido, esta nueva etapa se ve amenazada por el pasado que está constantemente “golpeando la puerta” y depende de la sociedad cerrarle definitivamente el acceso al poder, y así asegurarle el camino a los nuevos líderes, dotados del valor y la capacidad para encarar los cambios necesarios sin entrar en negociaciones ni convivencia con el pasado y así sacar a la Argentina de la crisis¹.

Estas fuerzas “del pasado” corrupto de la política son precisamente las culpables de la crisis que atraviesa el país, ya que gestionaron los bienes públicos de los argentinos pensando en sus intereses privados. En este sentido, Ibarra es precisamente uno de los dirigentes que tuvo que asumir la gestión de lo público en el momento de la devacle, mientras que Macri no es otra cosa que uno de los responsables de esa crisis².

Macri es ese pasado corrupto que amenaza la nueva etapa que se está inaugurando a nivel nacional, y que va a sacar al país de la crisis. Ahora bien,

¹ “Quiero que la ciudad tenga la sintonía con la esperanza que se despertó en el país, porque en la última elección nacional enterramos al pasado, no dejemos que ahora vuelva. Sigamos soñando. El 14 de setiembre votemos con la memoria, pero también con la esperanza”. (Aníbal Ibarra, 04/09/03).

Macri nunca ejerció ningún cargo público, razón por la cual la figura de *corrupto* no se presenta como evidente, aunque sí puede ser más identificable la idea de *pasado*. Pero si ese pasado tiene algo de indeseable, si hay alguna razón por la cual ese pasado es indeseable es precisamente porque la corrupción era la práctica característica de la política de los noventa. Si Macri representa al pasado es porque estuvo ligado a la política corrupta del menemismo³, porque se benefició con esa vieja política corrupta.

Si la corrupción pasa por la gestión de lo público en beneficio privado, Macri es uno de esos intereses privados beneficiados por cierta gestión de lo público. Según esta visión, el “todos” del “que se vayan todos” apuntaría a un colectivo mayor que el de “la clase política”, ya que no es necesario ser un funcionario público “coimero” para ser identificado con la corrupción, ni hace falta haber ocupado un cargo público para pertenecer al pasado. De esta manera, la figura del *corrupto* es identificada con la persecución de intereses privados en la gestión de lo público, intereses particulares tanto de actores políticos (funcionarios *corruptos*), como de actores sociales (empresarios *corruptos*).

Si los empresarios verdaderos⁴ son los que invierten, y los que viven del Estado son falsos empresarios, que cumplen mal su función social y se benefician a expensas del bien común, éstos no son otra cosa que empresarios *corruptos*. Dicha estrategia se hace también evidente en el último debate

² “Macri habla como si hubiera nacido de un repollo, y él es el responsable del empobrecimiento de la ciudad (...) y esto ahora lo tenemos que resolver nosotros”. (Anibal Ibarra, 13/08/03).

³ “¿Cuál es el verdadero Macri? (...) ¿el que está comprometido con la ciudad de Buenos Aires o el que mudó su domicilio a Misiones para votar por un gobierno menemista? (A. Ibarra, 04/09/03). Macri es menemista, hizo negocios con la dictadura y fue beneficiado con fallos de la corte” (A. Ibarra, 13/08/03).

televisivo antes del ballottage, en el que Ibarra le pregunta a Macri sobre su relación con el grupo SOCMA, así como también las declaraciones públicas de proteger la educación, la salud y hasta la banca pública. En definitiva, Macri es un *corrupto*, que se benefició con las políticas del pasado menemista como empresario y que ahora quiere beneficiarse de los bienes públicos como Jefe de Gobierno. En este sentido, se sostiene que el interés de Macri es “privatizar” (hacer de él) los bienes que son de todos (nosotros)⁵.

Cabe destacar la carga de neutralidad que Ibarra le asigna a lo público. De esta manera, su lugar de defensor del bien común frente a la perspectiva “privatista” de Macri lo coloca en un lugar ciertamente apolítico, de defensor de los intereses de todos (nosotros) frente a los intereses de algunos (otros). En última instancia, el *arco progresista* liderado por el Presidente Kirchner implica a una pluralidad de actores que, más allá de sus diferencias ideológicas o programáticas, asumen el compromiso de gobernar al país velando por el interés de los argentinos, y no por intereses particulares (que, por definición, están colocados fuera del colectivo *argentinos*).

Pasión por hacer: decepción aliancista, ineptitud y estafa

¿Cuál es la situación que atraviesa la ciudad de Buenos Aires según Macri? La ciudad (y el país, pero en un segundo plano) atraviesa su peor crisis por falta de gestión, por incapacidad de políticos irresponsables que han estafado al

⁴ “Quiero felicitar a los empresarios, a los verdaderos empresarios, a los que invierten, no a los que viven del Estado”. (Aníbal Ibarra, 04/08/03)

⁵ “Que no nos privaticen la alegría ni nos cobren peaje al corazón” (Juan Acosta, en un acto realizado en el Luna Park el 18/08/03).

electorado con grandes discursos y poco trabajo. La única salida de la crisis a la que nos ha llevado la “clase política” y que amenaza la realización de los argentinos, pasa por el trabajo serio, austero, sin politiquería barata y con conocimiento y capacidad de decisión⁶.

En este sentido, la identidad entre las nociones de *político* y *estafador* es destacable. Si los políticos han estafado al electorado no puede defenderse su honestidad. Por otra parte, el origen extrapartidario de Macri lo deja fuera de tal identificación con “la clase política” tan vituperada desde la consigna de “que se vayan todos”. Pero podría argumentarse que la definición del político como estafador no es lo suficientemente fuerte como para argumentar que el eje de diferenciación que pretende establecer Macri pase por *la corrupción*. Pero en este punto cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿qué es lo que persigue un político cuando promete irresponsablemente en una campaña? Se responderá que busca acceder al cargo para el que se postula, pero ¿para qué busca acceder a un cargo si no está dispuesto a realizar los cambios *necesarios*? En este punto nos encontramos con lo sustancial de la estafa de los políticos: el interés por acceder al cargo no puede pasar por otro lado que por el objetivo de enriquecerse con ese cargo⁷.

Nótese como el presidente de Boca Jrs. une “los grandes discursos” con el interés por conseguir un cargo y ganar plata. En este aspecto se hace evidente

⁶ “Yo no entro en soluciones fáciles ni demagógicas porque son una estafa (...).7 de 10 vecinos le dijeron no a Ibarra porque vieron que la ciudad está abandonada: hay bolsones de pobreza, veredas rotas, con los árboles enfermos y sin podar, las colas en los hospitales, miedo en las calles” (M. Macri, 04/09/03).

⁷ “Para mí la política no es algo para conseguir un cargo o ganar plata, no es una carrera a la fama o al poder, es el instrumento para poder servir. No soy un hombre grandilocuente y de grandes discursos, prefiero los hechos concretos a las promesas”.

de qué manera se considera a la retórica como un engaño y, por lo tanto, a la política de los políticos como una estafa, como una práctica de la “clase política” para mantenerse parasitariamente en el poder⁸.

Las críticas de Macri a la gestión de Ibarra, especialmente en lo que refiere al gasto público, resultan sumamente interesantes para analizar. En primer lugar, mucha de la plata que se va en la “rosca política” tiene que ver con el control estatal de empresas públicas. En este sentido, el ya remanido argumento privatista sigue teniendo predicamento en la afirmación de que la gestión estatal de empresas públicas es irracional porque no se maneja con criterios técnicos sino con criterios políticos. Lo interesante en este punto es que criterio político significa “asfalto electoral”, contratos oscuros y cargos para los amigos. Por otra parte, Macri hace suya la visión de la Alianza según la cual todos los problemas pasaban por el déficit, los problemas de déficit pasaban por la corrupción, y la corrupción pasaba por algún tipo de disposición moral de los funcionarios pero nunca por algún aspecto estructural del sistema político, social o económico⁹.

Si la corrupción de la “clase política” pasa por prometer para hacerse con el cargo y luego no cumplir, el problema entonces está relacionado con la gestión seria, eficiente y transparente de la cosa pública. A partir de esta visión, el debate político debe pasar por la discusión de propuestas concretas de

⁸ “Nosotros estamos apostando a un 15% de rebaja en ABL y Patentes (...) la plata la vamos a sacar de toda la plata que se va en 70 millones que se lleva AUSA en asfalto electoral y contratos políticos, 15 millones de drástica reducción en publicidad que (Ibarra) usa para presionar medios y periodistas, 2 millones por año que cuesta la Corporación del Sur donde el Señor (Ibarra) tomó a todos los amigos de él...” (Mauricio Macri, 04/09/03).

políticas públicas y el consenso al que se debería llegar tendría su base en la factibilidad de los argumentos propuestos.

En este sentido hay un fuerte carácter técnico y apolítico en el discurso de Macri, ya que toda discusión de diferentes visiones políticas entraría dentro de la lucha por el poder, centrada en intereses particulares y no en solucionar los “problemas de la gente”¹⁰. Este argumento (también transversalista), de larga data dentro de cierto espacio político de centro derecha, le ha sido útil a Macri al mismo tiempo para introducir una concepción localista de las fuerzas en juego en la elección, y así neutralizar el apoyo que Kirchner le brindó a Ibarra en la campaña. Si la solución a la crisis pasa por una buena gestión concentrada en los problemas de la gente, de nada sirve cerrarse en las inútiles discusiones partidistas de los partidos políticos nacionales mientras “los vecinos de la ciudad” siguen con los mismos problemas de siempre. De esta forma también intenta evitar la nacionalización de la elección que necesariamente ligaría a Macri con Menem.

En este punto¹¹, el presidente de Boca Jrs. opone una concepción de la política “para hacer negocios” a una visión de la política para “cambiar las cosas”. Y este es precisamente el sentido del nombre que le da a su fuerza política. Compromiso para el Cambio no es otra cosa que el acto de comprometerse de un individuo apolítico para cambiar las cosas, para cambiar esa “vieja política”

⁹ “Los recursos para asistencia social están, pero se pierden en la rosca política, en el puntero que distribuye el 80% de las cosas” (Mauricio Macri, 04/09/03).

¹⁰ “Hemos construido una fuerza plural (...) Yo no puedo creer que las diferencias ideológicas se puedan oponer a trabajar juntos” (Mauricio Macri, 04/09/03).

¹¹ “Dicen que estoy en política para hacer negocios, mi hija Jimena dice que estoy loco, pero a mí Boca me cambió la cabeza y me hizo dar cuenta de que quiero cambiar las cosas.” (Mauricio Macri, 13/08/03)

corrupta que llevó al país a la crisis y la devacle, para cambiar la política *de los políticos* (la política de estafas, mentiras y engaños) por la política *de la gente* (la del millonario empresario xeneise).

A diestra y siniestra: interior y exterior de los discursos principales

La estrategia empleada por Bullrich y Zamora consiste en identificar las figuras de Macri e Ibarra, tratando de presentar la alternativa de los dos primeros candidatos en las encuestas como una falsa dicotomía, a partir de la cual los dos encarnan formas de la “vieja política” corrupta de los noventa.

Bullrich encara esta operación desde el “interior” del discurso de ambos candidatos, recuperando elementos del discurso de Macri y del discurso de Ibarra¹². Esta estrategia es comprensible a la luz de la trayectoria política reciente de la líder de Unión por Todos. Por una parte, la candidata formó parte del gobierno aliancista, coalición por la cual Ibarra accedió a la Jefatura de Gobierno; y en este sentido se ve obligada a justificar su intervención política como Ministra de Trabajo recuperando algunas consignas aliancistas (en particular el antimenemismo) para posicionarse en cierto espacio bienintencionado de la coalición y al mismo tiempo crítico de los errores del gobierno delarruista. Por otra parte, Bullrich llega a la candidatura a Jefa de Gobierno apoyada por una coalición de centro derecha y muy ligada a la figura de López Murphy. En este sentido, la porción del electorado que busca captar es la misma a la que pretende acercarse Macri. Ahora bien, precisamente

¹² “Macri dice que Ibarra es un inútil e Ibarra dice que Macri es un corrupto. ¿Saben qué? Los dos tienen razón” (Patricia Bullrich, 13/08/03)

porque existen ciertos argumentos que la acercan tanto a Macri como a Ibarra se le impone la necesidad de diferenciarse tanto de uno como de otro. En este sentido, el camino elegido hábilmente es el de recuperar las mismas críticas que Ibarra le hace a Macri y las que Macri le hace a Ibarra.

Ahora bien, dicha estrategia implica al mismo tiempo una asimetría en las energías puestas en la diferenciación. Para Bullrich, la falsa dicotomía entre Ibarra y Macri equivale a afirmar que Macri no es una verdadera alternativa frente a la ineficacia de Ibarra. En este sentido, que el paradesinatario del discurso de Bullrich es el electorado de centro derecha que Macri pretende hegemonizar. ¿Cómo intenta Bullrich demostrar que Macri no es la verdadera opción? Simplemente mostrándolo como ligado a la corrupción de la política de los '90, es decir, como menemista¹³.

La opción “de coraje” que pretendió mostrar Bullrich no era otra cosa que la imagen de un liderazgo fuerte y eficiente, con voluntad y capacidad de enfrentarse a los intereses de la “vieja política” corrupta de los noventa, que Macri representa y contra los que Ibarra no supo y no quiso luchar¹⁴. ¿Cuál es entonces la lectura que Bullrich hace de la situación? En los noventa gobernó *la corrupción* (es decir, el menemismo). La Alianza tenía la intención de combatir este manejo corrupto de la política, pero la falta de capacidad y de coraje hizo que se conviviera con estos intereses en el propio gobierno y llevó al fracaso de la gestión de Fernando De la Rúa. Ibarra no es otra cosa que el

¹³ “Él (Macri) negoció con los aparatos del PJ que con Grosso se robaron la ciudad (Patricia Bullrich, 08/08/03). No es Compromiso para el Cambio, es Compromiso para el Curro” (13/08/03).

reflejo porteño de esta falta de capacidad y de coraje, que a la larga es tan corrupto como aquello que teme enfrentar (el menemismo). Macri, que se presenta como opción a la ineptitud del Jefe de Gobierno en ejercicio, no es otra cosa que el menemismo encarnado. En este sentido, la corrupción es, en su sentido más profundo, el propio menemismo, y se extiende como un virus hacia todos aquellos que, por temor o incapacidad, no se atreven a combatirlo.

Zamora, en cambio, lleva adelante la estrategia de identificación entre Macri e Ibarra desde “afuera”, en el sentido de que su definición de la situación es muy diferente de la del resto. El candidato de AyL se posiciona en un universo discursivo donde son centrales nociones como “imperialismo” o “explotación”, describiendo la situación del país y de la ciudad caracterizada por la dependencia económica a nivel internacional y por una enorme desigualdad económico social, que es apoyada por la “clase política”¹⁵.

Estas nociones son exteriores al discurso de Macri (centrado en la eficacia en la gestión de los problemas de “los vecinos”) y hasta incluso de Ibarra (centrado en la defensa de “lo público” como espacio neutral amenazado por las fuerzas de “lo privado”), y encuentran ciertas dificultades para encontrar un espacio común de discusión, especialmente en lo que se refiere a propuestas de campaña, lo que planteó un límite al discurso de Zamora para llegar a un electorado menos identificado con el ideario de izquierda.

¹⁴ “Necesitamos una ciudad (...) que se enfrente a los intereses que nos han hundido. Estos intereses están adentro del gobierno. Patricia Bullrich tiene el coraje para enfrentarse a esos intereses” (Patricia Bullrich, 08/08/03).

Zamora, al igual que Bullrich pero en sentido contrario, apunta las críticas con mayor dureza contra Ibarra que contra Macri, tratando de mostrar que el actual Jefe de Gobierno es una falsa opción al presidente de Boca Jrs. En este sentido, podría interpretarse que el paradesinatario del discurso de Zamora es el electorado de Ibarra. Sin embargo, por las razones antes expuestas, al dirigente de izquierda le es muy difícil construir su imagen como la de un posible gobernante, al cerrar sus argumentos a cierto universo discursivo algo restringido en relación con los demás candidatos y con ciertos temas de la agenda política, relacionados con la capacidad de gestión.

De esta forma, para el electorado de Ibarra, Zamora logró su objetivo de construir la figura de un político honesto (hasta el propio Ibarra, de cara a la segunda vuelta, afirmó que Zamora era “una opción de honestidad”) pero quedó atrapado en el lugar de un mero “denunciante”, muy atractivo para cargos legislativos pero dudoso como opción para cargos ejecutivos, con lo cual perdió la pelea en el espacio que se podría denominar de centro y centro izquierda. El espacio que sí logró hegemonizar Zamora fue el de la izquierda, presentándose como la opción más viable para introducir en la discusión política ciertos temas excluidos de la agenda (especialmente las banderas del asambleísmo), precisamente por esta misma exterioridad que le impidió llegar eficazmente al electorado ibarrista.

En conclusión, si bien Zamora encontró sus límites para hegemonizar ciertos sectores del electorado, logró su objetivo de hegemonizar cierto espacio y

¹⁵ “Bush le quiere imponer al mundo y a nuestra ciudad sus políticas (...). Ibarra es el gerente y Macri es el dueño” (Luis Zamora, 13/08/03).

llevar a la izquierda al tercer lugar en las preferencias porteñas. Como ya se afirmó, este objetivo se logró sobre la base de la honestidad de la figura de Zamora, apelando, por supuesto, a la identificación de Macri e Ibarra *con la corrupción*. Para ello, Zamora tuvo que definir la corrupción de la “vieja política” de los noventa como el nexo entre ciertos actores políticos con los grandes grupos económicos nacionales y de las potencias extranjeras¹⁶.

Conclusiones

El presente trabajo se planteó demostrar la presencia de la figura de *corrupto* como componente importante de los discursos de campaña de los diferentes candidatos a Jefe de Gobierno. En ese sentido se argumentó que la noción de *corrupto* se convirtió en el espacio público en un *significante vacío*, al cual cada actor político significaba de diversa manera con el objetivo de lograr en el electorado la identificación más conveniente para ganar la elección.

Estos argumentos han sido demostrados a partir del análisis de los discursos de los cuatro principales candidatos por la Jefatura de Gobierno, como también a partir de una contextualización de la campaña en ciertas tendencias generales del discurso político argentino de la década del '90. Se señaló la ruptura que significó el 19 y 20 de diciembre del 2001 en la dinámica política argentina y la consecuente ampliación y rearticulación del campo discursivo. En esta línea, se afirmó que la continuidad de la noción de *corrupción* en el

¹⁶ “Ibarra es un mentiroso, él sabe perfectamente que hemos denunciado la renegociación de la deuda porque ha causado un grave perjuicio a los porteños. (...) la deuda externa de la ciudad quizás les haya quitado cinco o seis hospitales de alta complejidad a la Ciudad de Buenos Aires, y cuántos aumentos de

discurso político pudo lograrse a condición de articularse el significante vacío de *pasado*. La lucha alrededor de este significante nace de la caída del gobierno de la Alianza y del carácter re-fundacional que presenta Néstor Kirchner en su campaña.

Se ha desarrollado en esta demostración la diversidad de significados que los diferentes actores atribuyeron a la noción de *corrupto*. De esta forma se observó la identidad entre *corrupto* y *menemista*, que también presenta una interesante relación entre *pasado* y *Menem*. También se observó la relación entre el manejo corrupto de la política con la gestión de los bienes públicos en beneficio privado, lo que llevó a ampliar la idea del “funcionario coimero” para extenderla hacia los beneficiarios particulares de *la corrupción*, y, llevado el argumento al extremo, obligó a tomar postura frente a las privatizaciones de servicios públicos. Ligado a esta concepción se analizó el discurso de Luis Zamora, que identifica necesariamente a estos intereses privados con el capital concentrado nacional y extranjero, haciendo hincapié en la raíz estructural de la corrupción. Por último se analizó el argumento más “antipolítico” que relaciona a la política con la buena gestión y a la corrupción con la ineficiencia, haciendo hincapié en “la estafa” que constituyen las promesas de campaña no cumplidas, ligando éstas a la búsqueda del beneficio personal del político en el ejercicio del cargo público.

El presente trabajo cumplió su pretensión de aportar algunos elementos de análisis a una temática más general. Cabe señalar que la argumentación

sueños, préstamos personales para construir viviendas (...) esto se debió a un negociado de Ibarra que será investigado” (Luis Zamora, 11/08/03).

precedente es incompleta si no se complementa con el análisis estrictamente electoral, que implicaría dar cuenta de la construcción de la oferta política y del comportamiento del electorado en los comicios; mientras que, en el marco de un estudio más general respecto del discurso político argentino, queda pendiente un análisis de la noción de *corrupción* en el discurso de los noventa. Por otra parte, se sugiere un análisis de la construcción de la noción de *pasado* como significante vacío, que enfoque las diferencias entre el discurso político pre- y post 19 y 20 de diciembre.

Bibliografía

- Cheresky, I. y J.-M. Blanquer (comp.) 2003, De la ilusión reformista al descontento ciudadano. (Buenos Aires: Homo Sapiens).
- Laclau, E. 1990 Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo (Buenos Aires: Nueva Visión) Cap. I.
- Laclau, E. 1996 Emancipación y Diferencia (Buenos Aires: Ariel).
- Lefort, C. 1990 “La cuestión de la democracia”, en La invención democrática (Buenos Aires : Nueva Visión)
- Manin, B. 1993 “Metamorfosis de la representación”, en Mario do Santos (coord.) ¿Qué queda de la representación política? (Caracas: Nueva Sociedad)
- Novaro, M. 2000 Representación y Liderazgo en las democracias contemporáneas (Buenos Aires : Homo Sapiens) cap. 1.
- Verón, E. 1997 Semiosis de lo ideológico y del poder (Buenos Aires: Eudeba).